

cuelas, es demasiado interesante. No juzgo, pues, fuera de mi propósito, referir aquí sus opiniones.

El reconocía la existencia de Dios, y la demostraba por la necesidad de un primer motor; para persuadirse de que tales eran sus convicciones, bastaría leer un pasaje que Cicerón cita en su obra, «De natura Deorum, libro 2º» No es este el único que se podría manifestar: en su *Metafísica*, con terminantes palabras asegura, que hay un Dios, «única causa y solo principio de todas las cosas, indivisible, incorpóreo, inmutable y soberanamente perfecto é inteligente.» Los 130 años que sus obras permanecieron ocultas, sufriendo en ellas todos los estragos que el tiempo ocasiona, las correcciones y enmiendas que después se hicieron para su reparación, por manos ajenas, son, tal vez, la causa de que muchas veces no manifieste sus opiniones en ellas con toda la claridad que se deseara; sin embargo, el estilo siempre dudoso con que habla de la Providencia, parece que no le ponen fuera de toda objeción.

La misma causa ha ocasionado que no sepamos claramente lo que pensaba sobre la inmortalidad del alma; su lenguaje equívoco, todas las veces que toca este punto, ha dividido en opiniones á los autores que se han ocupado del estudio de su filosofía, y hay también quien asegure, que la personalidad del alma no la admitía, sino mientras permanecía ligada al cuerpo, pues en el momento de su separación era absorbida por una inteligencia universal.

Sus doctrinas ideológicas disienten de las de Platón; no admitía, así como este las ideas innatas: conocido es su axioma de, «*nihil est in intellectu, quod prius non fuerit in sensu.*» Su moral, no es tampoco parecida á la de su maestro; contiene algunas doctrinas que no se pueden acomodar con la de Sócrates, de donde según he observado, Platón había tomado lo que con respecto á esta parte de la filosofía enseñaba. El sabio de Estagita no contaba entre los delitos el adulterio y el asesinato ocasionado por un ímpetu

de cólera, por la venganza, pues, en su opinión, esta es una plausible virtud. Si en otras materias, echando menos la claridad, no podemos juzgar de ellas, los términos formales que usa en estas ocasiones, nos colocan fuera de aquella situación.

Y si Aristóteles, como hemos visto, se separó de su maestro para predicar errores, abandonando las verdades que aquel enseñaba, parece que quiso seguirle, cuando á la verdad sustituyó el error; en efecto, el mayor de todos los absurdos propuestos por aquel, no fué rechazado por este; mandaba, de acuerdo con Platón que se diese muerte á los niños que la naturaleza había hecho defectuosos, y que luego que una mujer tenga el número de hijos que el estado exige, se se la haga abotar para no dañar así al interés de aquel con una cantidad mayor que la que se necesita. Blasfemia filosófica! ¡Delirio extravagante, pero que existe y que es un monumento que á cada instante dice al hombre lo que es . . .

He ya recorrido con la mayor brevedad, la historia del tiempo mas brillante de la filosofía; he ya expuesto las opiniones de los más grandes génios que en la antigüedad aparecieron, y si he fijado la atención en cada uno de los puntos más culminantes de su doctrina, es, porque la admiración con que son vistos, lo ha casi elevado á la esfera de divinidades. Séame permitido referir algunos hechos de los errores más notables que en diversas épocas de ese tiempo existían, para perfeccionar el cuadro que trato de hacer en estas reflexiones sobre la filosofía antigua.

No me detendré en hablar de las maneras desvergonzadas de los cínicos; la filosofía de Diógenes es bastante conocida, y el solo nombre «*cinismo*,» deja entrever lo que en esta secta corrompida se pensaba y se hacía.

Arístipo, discípulo del gran Sócrates y fundador de la escuela cirenaica, no admitía diferencia entre el bien y el mal: su Dios, era el deleite. La filosofía que comienza por

favorecer así á las pasiones, no es extraño que acabe formando ateos, muchos cireniacos se cuentan en el número de ellos.

Acaso no hay absurdos mayores que los profesados por las escuelas excéptica y pirrónica: me ocuparé de ellas por un momento para completar el cuadro que he tratado de trazar. La primera comenzó á existir antes de los tiempos de Sócrates. En ella se enseñaba que no hay una sola cosa de la que podamos estar verdaderamente ciertos, pues siendo toda verdad relativa, ó lo que es lo mismo, apariencia de verdad, nada podíamos conocer con certidumbre. Zenón de Elea hizo fructificar las semillas de escepticismo que en la doctrina de Parménides pudiesen encontrarse; dando demasiada autoridad al testimonio de la razón y disminuyendo la de los sentidos, llegó hasta negar el testimonio de estos, y reputaba la experiencia contraria á la razón. Consecuente con sus principios, no admitía la existencia de la materia. Dado este primer paso hácia el escepticismo, era de esperarse del espíritu emprendedor de los juegos, que lo hiciesen avanzar hasta su último término; en efecto: no trascurió mucho tiempo para que apareciesen los sofistas, quienes cifraban su gloria en sostener con iguales razones el pro y el contra de todas las cosas, convirtiendo la discusión que antes era el camino más seguro de hallar la verdad, en el más peligroso escollo del error.

El impulso se había dado ya: la escuela debía comenzar á producir sus frutos. Y así vemos en ella á Protágoras sosteniendo que no hay verdad absoluta, doctrina ciertamente peligrosa, pues el asegura que toda verdad es relativa, ó lo que es lo mismo, aparente, equivale á decir que no hay verdad. La consecuencia de que todo es igualmente falso, no está lejos de aquí: en este momento se deja ver el escepticismo en su último grado de perfección: todo es igualmente falso, luego de todo se debe dudar: reconocedle ya sin máscara alguna.

Pirrón en tiempos posteriores siguió las huellas de aquella antigua escuela: este hizo derivar su duda universal y su depravación honorosa, de dos sábias máximas de Sócrates: la virtud se debe preferir á todo; solo sé que no sé nada. Estos dos grandes pensamientos de aquel filósofo, fueron la causa del pirronismo. Comenzó su fundador por enseñar que no debe ocuparse el hombre en inútiles racionales para hallar la verdad, su única ocupación ha de ser el ejercicio de la virtud; dió luego un gran desarrollo á la segunda, sin atender á que la destrucción de la verdad envolvía la de la virtud; esto no importaba: su orgullo estaba comprometido y no dió un solo paso hácia atrás, conformándose entonces con sus posteriores principios, coronó á la duda, reina del entendimiento humano, y sometiendo á su imperio la misma conducta humana; el edificio de la moral cayó en este mismo instante, y el gran filósofo daba por regla de las costumbres el vivir según la naturaleza, pues que según sus palabras, «es imposible despojarse absolutamente de ella.»